

## Escenas pintorescas y siluetas urbanas de Colombia

*Sergio Ramírez Lanus*

«Lo que aparece en forma libre y desenvuelta en el quehacer de estos mensajeros es, en forma más pesada y oscura, la ley de todo este mundo de criaturas. Ninguna tiene puesto fijo ni contornos claros e inconfundibles; ninguna se encuentra en otra situación que no sea la de subir o caer; ninguna que no pueda sustituir a su amigo o a su vecino; ninguna que no haya cumplido su edad y que sin embargo no sea aún inmadura; ninguna que no se encuentre lo suficientemente exhausta y empero al comienzo de una larga duración».

Walter Benjamin, *Franz Kafka: en el décimo aniversario de su muerte*

Acelerado, autómata, completamente guiado por un programa de gestos rutinarios, abordo un bus de tamaño mediano para ir a la universidad. Llama mi atención el que la mayor parte de los pasajeros sean estudiantes con evidente solvencia económica. (Aunque yo me dirijo a una universidad estatal, ésta queda en el camino de los campus más exclusivos de la ciudad.) Al tomar asiento, me relajo de la tensión que siempre acompaña mi espera del transporte. Se sube una niña que vende dulces. De repente, una señora comienza a hablar en voz muy alta, refiriéndose en términos soeces al padre de la niña, un irresponsable que en lugar de trabajar obliga a ésta a vender esos caramelos. La señora entona una larga retahíla que hace ruborizar a la niña. Los estudiantes, impertérritos. El chofer comenta con su acompañante acerca del dilema de hacer trabajar a un niño o hacerlo pasar hambre. La niña se apea. La señora todavía no se calma. Al rato descendiendo las escaleras del bus.

En otra ocasión, el discurso entonado por un hombre que vende dulces en idénticas circunstancias tiene un tono exigente. Y cuando uno de los pasajeros no se digna tocar el dulce que se le ha colocado entre las piernas para devolverlo al vendedor, éste amenaza con agredirlo físicamente y lo agrede verbalmente. Al final no ocurre nada grave. Se trata de una leve amenaza a la normalidad de un mundo de apariencias como el que ocupa o recorre el bus: las pintas y la juventud de los estudiantes, sus audífonos,

cinturones, cortes de cabello, *jeans*, aretes, maletas; las vistas y sonidos de las calles y del parque automotor a la hora de su máximo tráfico/exhibición; el murmullo de las conversaciones que tocan el tema del mundo universitario. Todo ello súbitamente detenido, suspendido por una explosiva interrupción, «escena original» (M. Berman dixit) de la modernidad o pintoresca aspereza de un rudo e intruso mundo colombiano que desafía la frialdad del espacio ocupado por atuendos y sutilezas propios del valor intangible de la mercancía. Un campesino le grita al mundo yerto de vidriosas apariencias, una sonora voz femenina increpa al padre ausente de una niña del tugurio.

La cosa también se podría relatar desde otro ángulo: el de la cosmética del vestuario de los estudiantes, maniqués del emblema de la juventud contemporánea. Ya que lo pintoresco puede responder a la denominación de «sublimidad microscópica»<sup>1</sup> el mundo de pasajeros estudiantiles del bus puede corresponder –tanto como el de los andrajosos intrusos– a esta expresión miniaturizada, adornada y edulcorada de lo sublime, a una sublimidad accesible, gentil y débil, más comfortable (pintoresca) que terrorífica (sublime). Y las metáforas bélicas asociadas a lo pintoresco, de «súbitas emboscadas antes que de ataques frontales»<sup>2</sup> las encontraríamos entonces en el vestuario estudiantil en tanto mortificación inorgánica de la carne: el cinturón lacrado de púas como una armadura, la camiseta con iconos monstruosos del *heavy metal*, el calzado que incluye algunas botas de estilo militar etc.: lo *terrible embellecido*. Algo capaz de transformar el frío espacio del bus (lo sublime del transporte masificado) en interior acogedor, aburguesado, cuyas demoníacas iconografías a escala reducida amansan tanto el masivo hormigueo del transporte urbano como lo vivaz del juvenil cuerpo humano.

Este nuevo ángulo suscita un interrogante: ¿y la emboscada de los vendedores-pordioseros? ¿ya no sería pintoresca? ¿sería más ataque frontal que asalto camuflado? ¿habría que decir lo mismo de la señora de clase media que ataca a la niña pordiosera? Quizás no. Especialmente, dado el carácter volátil de estas criaturas que suben y bajan del bus, sin fijarse o entrelazarse a su espacio escénico. En dicho sentido son un

<sup>1</sup> Utilizo a continuación algunas elaboraciones de Angus Fletcher acerca de los «efectos temáticos» de la alegoría: sublimes y pintorescos. El desarrollo realizado por dicho autor respecto a lo pintoresco se ciñe a las teorías de un autor decimonónico, Uvedale Price. Véase Angus Fletcher: *Allegory: the theory of a symbolic mode*. Cornell University Press, Ithaca, 1964.

<sup>2</sup> *Ibid.*: 254-255.

paradigma de la criatura pintoresca, volátil y etérea como los espíritus del aire. Podemos más bien ampliar y complicar la zona pintoresca del bus: añadir a las iconografías bestiales de los estudiantes estas otras, las de los cuerpos lacerados y untuosos de la marginalidad, las del cabello pegachento de unos niños que reúnen las trazas del vendedor con las del mendigo.

Si lo pintoresco «reduce la grandiosidad sublime a la minucia de una textura intrincada»<sup>3</sup> asistimos arriba a un manierismo decorativo patente tanto en las retóricas del vestuario estudiantil como en el discurso de los limosneros-vendedores. Aunque los pobres, desprovistos de los adornos de la moda, evocan el mundo terrorífico-sublime, la monstruosa realidad de lo vivo, lo violento-real de la contemporaneidad social colombiana, no rompen del todo con la armonía de esta sublimidad rebajada, posiblemente diferenciable de aquella sublimidad «posmoderna» que Jameson califica de histórica. Los intrusos desposeídos sólo confirmarían que el espacio intermedio del bus no pertenece tanto a la asepsia grandiosa de General Motors o Mercedes Benz cuanto a toda la manía alegórica de los emblemas de la moda o de la cultura popular. No olvidemos que el noventa por ciento de estos vehículos está revestido de una pluralidad de adornos que van desde expresiones gráficas del refrán soez hasta ornamentos afelpados y calcomanías, algunas de las cuales pueden ser de imágenes religiosas. El encuentro entre estudiantes y mendigos, compradores y vendedores, podemos concluir, se asimila a la pauta estricta de una danza barroca<sup>4</sup>. En ésta los diferentes estatutos o tipos sociales se confrontan como autómatas, cada cual ensimismado en su mundo monádico.

El espacio urbano propone la siguiente imagen: el mundo de las élites masificadas y su relacionismo público se desdobra. De salas de espera, *lobbies* y ascensores hoteleros, de establecimientos frecuentados cotidiana y fugazmente por los ejecutivos y sus epígonos obtendríamos un siniestro trasunto en los buses urbanos.

\* \* \*

Las élites masificadas obedecen a una nueva pauta, la de una cultura de relaciones públicas en donde la espontaneidad queda proscrita, como en

<sup>3</sup> *Ibid.*: 258.

<sup>4</sup> Cf. G. Deleuze. *El Pliegue: Leibniz y el Barroco*. Paidós, Barcelona, 1989; página 93.

una corte barroca: «(...) una cultura de secretarías ejecutivas, de cocktails, de reuniones de alto nivel realizadas en una sala a la que una móvil de acrílico presta su frialdad (...) (de) científicos enloquecidos por el *paper* que deben presentar a un congreso con el objeto de que no dejen de invitarlos al próximo<sup>5</sup>». Se trata de un mundo dispuesto a la carrera, cotidiana y ocupacional, abocado a una velocidad cuyos escenarios pedestres, como el bus, reúnen a embrionarios y liminales, excéntricos y subalternos: estudiantes, oficinistas, desempleados, obreros no calificados, campesinos que la coyuntura histórica ha desplazado de sus parcelas<sup>6</sup>.

No extraña entonces que José Luis Romero conciba la masa al margen de las determinaciones clasistas, planteándola como un semillero del cual algunos emergen (ascenso social) en tanto otros consolidan su permanencia en las clases populares. Entre estos últimos el autor sugiere la presencia de átomos que descienden peldaños. El bus aparece como una materialización de ese lugar extremo, un recodo limítrofe de la estructura, un espacio móvil frente al cual algunos mendigan el ingreso: niños vendedores de dulces y adultos que hacen lo mismo detienen el bus y solicitan al chofer permiso para «trabajar». Esa limosna les resulta concedida o negada. Otro es el donativo que otorga el conductor del vehículo mediano al improvisado voceador que anuncia su ruta en determinadas paradas, dando un toque de ruralidad al ajetreo urbano. Otra caridad más la niega o concede el usuario de un taxi al improvisado botones que le abre la puerta del vehículo. Los ciudadanos-pasajeros, no importa cuán modestos, aparecen ante estos improvisados mensajeros –voceadores, vendedores, limosneros, ayudantes– como beneficiarios de un mundo urbano que a ellos les niega la acogida. Elocuente a este respecto resulta la frase que escuché recientemente durante la perorata de uno de estos volátiles vendedores; éste definía así la cuantía del óbolo esperado: «Quinientos pesos no enriquecen ni empobrecen a nadie. Pero hacen falta.» (Esta misma cifra suele invocarse de un modo más mercantil: un caramelo por doscientos, tres por quinientos, «para su mayor economía». Pero el valor de cambio suele también escamotearse, como subrayando lo irrisorio de esta limosna-transacción: un caramelo por «la contribución que ustedes quieran»).

\* \* \*

<sup>5</sup> José Luis Romero. *Latinoamérica: las Ciudades y las Ideas, Siglo XXI, México, 1984, páginas 370-371*).

<sup>6</sup> El fotógrafo Juan David Velásquez alude a esto cuando, sobre el fondo blanco del estudio fotográfico, realiza algunas siluetas caleñas: la cristalizada del grueso ejecutivo, en contraste con las volátiles y relativamente nebulosas de estudiantes y desposeídos.